

En PEGASO, Año I, N° 6, Montevideo, noviembre de 1918, p. 238.

JOSÉ PEDRO VARELA

Fue inaugurado el 14 el monumento a José Pedro Varela.

.....

Se ha dicho que entre todas las caídas, entre todas las debilidades, entre todas las claudicaciones, de los tiempos negros de la dictadura del Coronel Latorre nada afectó más a Juan Carlos Gómez que la capitulación de Varela.

Él, decía, ha llevado todo cuanto se puede llevar, hasta el apellido.

¿Qué era esta capitulación, esta renunciación inmensa e increíble?

Era que José Pedro Varela, que había tenido los mas acerbos reproches para el Dr. Ellauri, su amigo, cuando aceptó para ser presidente de la República al voto de una fracción política que no era “totalmente” la suya; él, que había motejado a aquel hombre ilustre con los calificativos — unidos — de Tartufo y Melgarejo; Varela, que había sido en Buenos Aires redactor del implacable “10 de Enero”, periódico que sería la sombra del motín del 75, Varela había puesto después, bajo la égida de la dictadura sangrienta y compadrona, su gran obra de reforma educacional...

*

* *

Pues bien, en todo esto que afectaba de modo tan íntimo al honesto romántico de los bellos tristes ojos, yo he querido encontrar la mayor grandeza moral de José Pedro Varela, un rasgo superior, una faceta, la más pronunciada acaso, de una bellísima talla intelectual.

Enamorarse de una causa, de una obra, de un ideal, cruzarse con la insignia de una noble empresa y ofrecerle, al fin, el sacrificio de la vida, dándole el cuerpo vencido irremediabilmente por la fatalidades de nuestra propia naturaleza lamentable, es noble cosa.

Pero me resulta de más grandeza ejemplar, en cambio, la grandeza del que sacrifica en los altares del ideal — por alto que sea — ese tesoro sin precio de las convicciones honestas que arraigan en el fondo íntimo de nosotros en carne de corazón y en profundidad de entrañas, y que siente al hacerlo, a su alrededor vacío de máquina neumática y nota frialdades inesperadas y ve rostros vueltos y siente palabras a medias que traspasan...

*
* *

Y en la hoguera del Moloch crepitante y nauseabundo de la dictadura, humeante de despojos humanos, aquel hombre superior, que tenía todo que conservar, “hasta el apellido”, arrojó, en un acto de supremo sacrificio, su fe principista...

Pero la obra se salvó.

JOSÉ M. FERNÁNDEZ SALDAÑA.